

CAPRICORNIUS
(El planeta violeta)
Por María Brandán Aráoz

Capítulo 1: La nave espacial

La nave espacial cae sin remedio sobre Capricornius, el planeta violeta. Pertinaz, el único astronauta a bordo, no puede detenerla. Los controles no le responden y una densa humareda va inundando la cabina.

Pertinaz no tiene miedo; su traje espacial es a prueba de fuego, su equipo de oxígeno a prueba de golpes y su terco carácter a prueba de todo tipo de percances.

Sin embargo, antes de partir de la Estación Marciana Cuatro, sus compañeros astronautas lo habían prevenido.

-Esta misión apesta -dijo Uno.

-Yo también huelo algo raro -le advirtió Otro.

Uno y Otro se negaron a abordar la nave. En Marte -ya se sabe- todos los astronautas son muy supersticiosos. Pero Pertinaz había esperado mucho tiempo para emprender su primer viaje interplanetario (no se autorizaban antes de cumplir los diez años luz) y no estaba dispuesto a abandonar la nave sólo porque sus amigos tuvieran demasiado olfato.

-Si ustedes no quieren ir, me voy solo -les anunció.

Y antes de que Uno y Otro pudieran detenerlo, Pertinaz subió a la nave, se sentó frente a los controles y partió feliz hacia el planeta desconocido. Corría el año tres mil cinco, la Estación Marciana Cuatro

le quedaba chica y él quería explorar otros mundos. Además, Capricornius era su astro favorito.

Ahora volvamos a la nave que cae sin remedio. Ya está cerca, tan cerca de estrellarse contra el suelo rocoso, que Pertinaz decide largarse en esparacaídas. Cierra los ojos y se eyecta del asiento.

Mientras flota en el espacio rumbo al planeta violeta, oye una gran explosión a sus espaldas. El cohete espacial acaba de desintegrarse en millones de partículas. Está solo y su alma rumbo a Capricornius.

Nunca más podrá volver a Marte. Ha quemado su nave.

Apenas abre los ojos, Pertinaz descubre la entrada de una antigua calera abandonada, literalmente. Se ven carretillas, picos, palas y otras herramientas desconocidas tiradas por todas partes. También se ven huellas de enormes pies que se alejan despavoridos y en manada. Algo en el interior de la cueva ha provocado la estampida de esos especímenes que, a juzgar por el tamaño de sus huellas, deben de ser descomunales.

“¿Entro o no entro?”, duda Pertinaz. Mira a su alrededor: Capricornius visto de cerca parece un sitio bastante inhóspito. Sólo se ven rocas, piedras, restos de meteoritos y montañas de pedregullo. Nada de los montes, bosques, ríos, mares o volcanes que se había imaginado. Hasta el ambiente es de un violáceo irrespirable, en nada parecido al rojizo y húmedo Marte. “Aquí no hay mas rastros de seres vivos que las pisadas tamaño elefante”, piensa.

Pertinaz pasa revista a los daños provocados en la nave por el aterrizaje. El equipo de oxígeno tiene una pérdida y el traje espacial está

algo chamuscado. “ ¡Con razón estaban de oferta!”, recuerda, indignado. “Por suerte, la linterna de rayos laser-sulfáticos se ve intacta. Y si las caleras de Marte tienen ambientes climatizados, a lo mejor ésta de aquí también”, se ilusiona. Sin pensarlo dos veces, Pertinaz entra.

El interior está oscuro como boca de lobo, pero el clima oxigenado le permite respirar. Pertinaz se despoja del equipo inservible y enfoca con el haz de luz el piso y las paredes rocosas.

Algunos rayos se dispersan y penetran en un rincón, derriten el suelo y descubren un agujero que comienza a agrandarse cada vez más.

Pertinaz no lo nota porque está mirando sorprendido los muros rocosos. El laser-sulfato los limpia de tierra y pedregullo, y aparecen extrañas inscripciones: ¡una carta escrita en capricornés! Pertinaz, que conoce el idioma y para las palabras difíciles trajo un diccioplanetario, la va descifrando absorto.

Allí se narra la leyenda de la princesa Capricornia escondida por sus padres en algún lugar del planeta, para protegerla a ella y a sus poderes mágicos de Mefíticus, un genio del mal olor. Para preservarla de la muerte, ellos no tuvieron mejor idea que transformarla en un ser viviente no humano a la edad de diez años luz. Debido a las emanaciones tóxicas, los restantes capricornianos desaparecieron de la faz galáctica. El último párrafo del mensaje deja sobre ascuas al astronauta.

“...Y quién encuentre a Capricornia (ver plano del escondite al final de esta carta) y logre vencer el hechizo, podrá reconquistar el planeta. Eso, si Mefíticus no se le adelanta, consigue salir del encierro de las

profundidades y la encuentra antes.” Firman, sus doloridos progenitores muertos hace siglos.

P.D.: ¡Cuidado! Capricornius está habitado por mastodontes con cerebro de mosquito. No son malos, pero sí muy influenciables y obedecen a Mefiticus que les ha envenenado las mentes desde hace centurias.

Absorto y horrorizado, Pertinaz advierte que una nube negra y maloliente emerge por un agujero del piso (sí, el mismo rincón donde habían ido a parar antes los rayos laser-sulfáticos). ¡Mefiticus ha logrado salir de su encierro en los túneles de las profundidades!

El genio del mal olor flota hacia el astronauta envolviéndolo en un gas letal nauseabundo y putrefacto. Antes de perder el sentido, Pertinaz enfoca con la linterna el plano del escondite de Capricornia y empieza a borrarlo.

-¡Capricortúpido, capricordiota, capricorbécil!

Lo insulta Mefiticus ciego de rabia, y se interpone para impedir que el mapa se disuelva del todo, pero al calor de los rayos la figura gaseosa comienza a evaporarse. Para no desaparecer por completo, el genio vuelve al agujero de las profundidades a alimentarse de más desechos y raíces putrefactas.

Pertinaz queda boqueando en el suelo. “Es el fin”, piensa. “Nunca podré salvar a Capricornia ni conquistar el planeta.” Y cae en un pozo negro, profundo y maloliente.